

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Clemencia Jacquet

Los Factores de la Educación social ⁽¹⁾

IV

Es una verdad generalmente admitida que la educación comienza con la vida misma del individuo; no tenemos, pues, que insistir sobre el particular. Nuestra labor consiste en determinar en qué consiste esta primera educación y aquí nos hallamos también en presencia de hechos de experiencia bien establecidos que nos bastará exponerlos nuevamente sin añadir nada.

Si en la primera infancia los cuidados físicos han sido bien prodigados y si se han guardado las condiciones higiénicas, la mayor parte de la obra educadora quedará efectuada, pues lo que primeramente importa es asegurar al niño un desarrollo orgánico perfectamente normal; pero como el cerebro también es un órgano, conviene no descuidarlo más que los otros.

Precisamente esta educación del cerebro es, por así decirlo, negativa al principio; consiste, sobre todo, en evitar al niño un exceso de excitación. En esta época de la vida la naturaleza es la mejor institutriz: el contacto de las cosas provoca por sí solo todo un mundo de des-

cubrimientos y de observaciones en los niños y el lenguaje maternal hace lo restante. Viendo, tocando, oyendo y gustando es como los niños adquieren las primeras nociones del conocimiento y por la imitación espontánea de ciertos movimientos desarrollan su destreza y su fuerza muscular. Durante este período la médula espinal concentra las impresiones que le transmiten los miembros y se pone en estado de hacer ejecutar los movimientos del andar, de las diversas posiciones del cuerpo, de las acciones de cojer, retener, llevar un objeto de uno á otro lugar y colocarlo, lanzarlo y arrojarlo, etc., movimientos todos que necesitan una previa educación derivada de las observaciones del niño.

Todo el arte de los padres consiste, pues, en colocar al niño en un medio susceptible de darle estas impresiones fundamentales, provocar, sin apresurarse, las lecciones de cosas por las mismas cosas.

Corresponde lógicamente y únicamente á los padres dar esta primera educación. Todo en la naturaleza nos lo prueba. Ellos solos—con raras excepciones, dígame lo que se quiera—aman lo suficiente á los pequeñuelos que pusieron

(1) En el artículo anterior, pág. 259, columna 2.ª, se deslizó una errata. Donde dice: «Claro está que esta clasificación no tiene nada de absurda,» debe decir: de absoluta.

al mundo para poder comprenderles y la mejor demostración de esto está en que la humanidad ha subsistido hasta el presente, á pesar de todas las probabilidades de destrucción que la envolvían, incluso uno de los mayores peligros: el de la influencia que han ejercido los diversos gobiernos, religiones y filosofías para falsear los principios naturales é imponer á los padres una línea de conducta en desacuerdo con sus impulsos.

Todos los primitivos son dulces con sus niños. Todos los animales saben criar á sus pequeñuelos y darles las cualidades necesarias á su género de vida.

¿Que muchos padres pecan por ignorancia? Está fuera de duda; pero esto significa, simplemente, que los padres tienen el deber de instruirse en la ciencia de la educación para que ésta añada á su natural ternura la habilidad de que aún carecen.

Pero pretender, como algunos sostienen, que los padres son incapaces de educar á sus hijos, es un sofisma antisocial que podrá convenir á los individualistas deseosos de ahorrarse un cuidado, pero no á hombres libres y conscientes de su labor social.

Uno de los más singulares argumentos que en apoyo de aquel sofisma hemos escuchado, es que los padres son incapaces de educar á sus hijos *porque representan el pasado*.

Y á fe que nos deja perplejos, porque, en fin de cuentas, ¿acaso los educadores, sean quienes fueren, no representan también el pasado en comparación con sus alumnos?

Por otra parte, á no ser que se les imponga el celibato, estos mismos educadores están expuestos también á ser padres y entonces, en buena lógica, se habrían vuelto incapaces de educar. No habría otra solución que dejar á los niños que se educaran solos; de este modo no representarían el pasado y no serían tampoco padres.

Estos sofismas no merecen siquiera ser discutidos.

La verdad es que los padres han de estar bien preparados para su misión de educadores; que la juventud, antes de dar vida á otros seres, debe estar profundamente penetrada del sentimiento, de los deberes que tendrá que llenar y que son perfectamente compatibles con las diversas circunstancias de la vida en una sociedad bien equilibrada.

Para esto precisa que todos los miembros de esta sociedad, sin escepción, puedan recibir una educación completa que los ponga en posesión de las cualidades que precedentemente hemos determinado.

El ambiente que mejor conviene al hombre en sus primeros pasos en la vida, es el de la familia; por esto la familia ha de desembarazarse de todos los prejuicios que hoy la desnaturalizan, de toda la autoridad de que ciertos miembros se prevalecen, y ha de fundarse sobre una verdadera base de afecto y de solidaridad.

En la familia el hombre futuro tendrá que aprender prácticamente sus primeras nociones de moral social (hubiéramos dicho de sociología á no ser el temor de que se tome esta palabra en el sentido de «teoría de la organización social»). Bajo la conducta de sus padres hará sus primeras observaciones, aprenderá á ser experto, á saber servirse él mismo en la medida de lo posible; dará curso á sus nacientes iniciativas, y aprenderá, en fin, á amar á sus semejantes y respetar la libertad de éstos tanto como la suya.

¿Pero como enseñarle todo esto? ¿Con largos discursos? ¿Deletreando en libros doctrinarios donde repetirá ideas que es incapaz de comprender y con los que practicará el adiestramiento de su inteligencia por medios de valor pedagógico, análogo al de los procedimientos con que se prepara á los caballos de carrera ó á los bueyes de labranza, es decir, por

procedimientos de sugestión de ideas impuestas al cerebro con la repetición frecuente, de igual modo que se impone á los animales que se quiere domesticar un régimen y ejercicios especiales?

No, ciertamente. Se tendrá siempre presente en el pensamiento el cuidado de respetar la voluntad en formación, la iniciativa individual, el valor del hombre, y no reducir al niño al papel pasivo de un eco.

Dejemos las consideraciones generales. ¿Cómo hacer, por ejemplo, para enseñar á observar, es decir, para adquirir el espíritu científico?

Poner á los niños en contacto con las cosas y dejar que obren sobre su inteligencia las impresiones que les causen; provocar sus descubrimientos y sus observaciones por medio de preguntas hábilmente preparadas ó sugeridas por la práctica; ser, sobre todo, muy sobrios de palabras y de explicaciones. Este es el mejor procedimiento que debe adoptarse, según opinión de los más profundos y concienzudos pedagogos.

Sobre todo, conviene tener mucho cuidado de no olvidarse del barómetro cerebral que todo niño lleva en sí mismo, á saber: no anticiparse á su deseo de aprender. Cuando se haya tenido cuidado de rodearles de la atmósfera que les conviene; cuando se haya sabido interesarles en lo que pasa entorno suyo, los mismos niños reclaman, si ha llegado para ellos el momento de aprender, las explicaciones de los hechos. Es necesario, por lo tanto, *esperar las preguntas de los niños para responderlas* y no hablarles de cosas por las cuales no sienten aun curiosidad ninguna. Todos los esfuerzos que se hagan para anticiparse á la naturaleza son un obstáculo al desarrollo cerebral; la experiencia nos lo ha demostrado con este número de niños prodigios cuyo cerebro, organizado demasiado pronto, no ha llegado á su madurez y que no pasaron, por consiguiente,

de mediocridades y menos aún. Figúrenos el mismo fenómeno que pasa con los enanos, cuyo esqueleto, endurecido demasiado pronto, no ha podido crecer.

Á propósito de la imaginación infantil cuya cultura es tan útil, bajo el punto de vista del espíritu de iniciativa, haremos aquí una observación que nos ha sugerido la experiencia.

Los niños tienen tendencia á inventar relatos, lo más á menudo inverosímiles, que ordinariamente se les suele llamar mentiras, sin estudiar ni las causas ni el partido que se puede sacar de ellos.

Si, por un lado, consideramos que estos relatos tienen su fuente en la asociación de las ideas infantiles y en la manera como se forman las imágenes en el cerebro de los pequeñines, se comprenderá que hay aquí un fenómeno de actividad mental que hay que guardarse mucho de confundirlo con el embuste y que puede utilizarse en beneficio de su educación.

Primeramente es necesario que el joven relator se persuada que á sus historias no se les otorga más confianza que las que merecen. Después, en lugar de reprenderle, es necesario hacerle ver el lado inverosímil de su relato, haciéndole observar, al mismo tiempo, que se comprende muy bien el placer que hay en componer cuentos; que estos cuentos, cuando los componen los hombres, se llaman novelas ú obras teatrales, y que constituyen una de las mejores distracciones. Solamente, hay que decirles, que el mérito de un cuento consiste en que sea verosímil, es decir, que parezca historia verdadera, que se la pueda creer.

Trátase, en suma, de conducir el niño á que regule su imaginación, no permitiéndole extraviarse fuera de lo razonable dejando al propio tiempo entera libertad á su actividad cerebral. Querer restringir la invención infantil, es querer impedir la satisfacción de una necesidad real y privarse de un precioso instrumento de educación.

¿Qué resulta ser así pues el Individuo, sino Dios mismo, ese principio abstracto que han contorneado poco á poco los metafísicos *fuera* (?) de ellos, en su quimera para justificar lo que ninguna justificación admite?



Por lo que precede, puede verse que la frase de Spencer, de que «la libertad de uno ha de ser limitada por la libertad de los demás» cae por su propia base; determinismo y libertad son dos conceptos antagónicos.

La libertad es *interna*, es el ensanchamiento constante del yo individual (el *único*), es para decirlo gráficamente, la *posesión* total de los hechos en su sentido absoluto y de un determinado número de ellos en el relativo (1).

Spencer era demasiado *inglés* para poder elevar su pensamiento á tan alta percepción del *sentido* de la vida; sus ideas filosóficas sobre el hombre y el mundo, demasiado *prácticas* (en la peor acepción de la palabra) le hacían concebir la vida individual por su lado *social*, y sólo abdicando de sí mismo es como pudo llegar miserablemente á tan errónea definición del concepto de «Libertad».

Si cada individuo es pues para sí mismo el único centro de la actividad total, resulta bien claramente de ello que la *única* libertad existente es la suya; de aquí la *esclavitud* ó *dependencia* de los demás; todo ello en el sentido absoluto de la concepción del Individuo, lo que quiere decir que desde la primera manifestación del mundo cons-

(1) La definición del crimen dada por Hamon (que tanto se me recomienda) es pues completamente falta de sentido. El crimen, que él dice ser «todo acto consciente que perjudique la libertad de obrar de un individuo de la misma especie que el autor del acto» no existe, por no existir la libertad de los demás individuos. (Por otra parte, le costaría á Hamon buen trabajo señalar los límites de la especie, y, aun aparte esto, y suponiendo la existencia del crimen, su definición resultaría ser demasiado estrecha por cuanto sería igualmente un crimen el hecho, por ejemplo, de tener un pájaro enjaulado ó un mono domesticado).

ciente hasta su total, desde la *Incien*cia á la *Sciencia*, el Individuo ha obrado y obrará eternamente *sometido* (por decirlo así) á esta absoluta y matemática regla de la *única* representación consciente que es él mismo (1).



Y ahora, sentada ya la verdadera, la única representación del *yo* frente á la vida, pasemos al sentido *relativo* de la existencia individual para determinar el significado sociológico de sus actos y demostrar como el «Apoyo mutuo» ó «Solidaridad» (tal como lo entienden nuestros anarquistas *viejos*), es sólo una falsa idea, fruto de miles de atavismos que reviven constantemente en sus cansados espíritus y con los cuales se pretende inmovilizar, ó, mejor dicho, retardar nuestra precipitada evolución hacia la Individualidad *práctica*, y en contraposición á ello como el principio «*struggle for life* ó *lucha por la vida*», de Darwin (2), en su más neta acepción, es un principio vital de exaltación de la personalidad, estáticamente aprisionada hasta el presente por las arcaicas *formulas imperativas* de Libertad, Igualdad, Fraternidad universal, Amor al prójimo, Solidaridad, etc., etc.

He de remarcar ante todo que á fuerza de querer estudiar (?) nuestra *conducta* en los pretendidos ejemplos que constantemente nos dan las especies inferiores acabamos por ser en buena

(1) Aquí se me objetará, quizás, como ya se me ha dicho de lo afirmado en mi artículo anterior, que todo lo expuesto es *muy metafísico*. Por si acaso, contesto ya anticipadamente lo que sigue.

La ciencia de hoy, llamada positiva, de que tantas *excelencias* se cuentan, ni es ciencia verdaderamente positiva ni es nada; es sólo pura *mecanización, especialización*, que Nietzsche nos simboliza muy bien en aquel *sabio* que pasa toda su vida preocupado de si la sanguijuela tiene ó no cerebro. Lo verdaderamente positivo es sentar la inteligencia sobre todos los conocimientos experimentales y darle después el más libre y absoluto vuelo, y no aprisionarla en la *mecánica* de lo concreto.

(2) Fíjese bien la Redacción de NATURA: «de Darwin» y no de «mi maestro».

parte de nuestros actos sus más directos esclavos. «Á fuerza de estudiar los orígenes, nos transformamos en cangrejos. Los historiadores ven aquéllos muy atrás y acaban por creer hacia atrás.» (Nietzsche.)

¿En virtud de qué, por ejemplo, debemos deducir nuestro principio de sociabilidad ó apoyo mutuo del *volvox globator*, de la abeja, de la hormiga ó del mono? ¿Es que el pasado ha de ser forzosamente el espejo de nuestra conducta? ¿Nos hemos «extraviado» quizás? (1)

Pretender pasar por verdadero tal error sería querer, traspasando de nuevo los restos fósiles de todas las religiones, no sólo detener al hombre en su evolución, sino evolucionar regresivamente, de eslabón en eslabón, hacia la manifestación vital de una simple mónera ó de un vegetal primordial.

Sólo el inadvertido *pesimismo* de casi todos nuestros pensadores ha podido conducir la Sociología á tales aberraciones; se ha considerado la *estática* de la vida en lugar de la *dinámica*, la *expresión* en lugar del *sentido evolutivo* de los seres vivientes, en marcha siempre hacia manifestaciones enteramente nuevas.

El presente ha de tener para nosotros el valor matemático del pasado mas el *trabajo de evolución* que á él ha sucedido; y como todo lo del mundo está en constante evolución el modo de sustraernos al pasado, al atavismo, es *creando*, y no *resucitando* viejas fórmulas, *avanzando* y no *retrocediendo*.

—¿Y cómo crear?—se me objetará en seguida.

Sencillamente: haciendo un *estudio* de las reglas de evolución del pasado en lugar de una pesimista *imitación*, afirmando y enriqueciendo los intintos pujantes en lugar de disgregarlos. Crear y vivir, imitar es sólo *durar*...

La funesta moral inglesa, socialmente utilitaria hasta la médula, de los Spencer, los Stuard Mill, etc., y la de los «hedonistas» con su teoría del placer y el dolor, no han hecho en su fondo otra cosa que continuar la obra deprimente de la moral del Cristianismo. Lo que los anarquistas han aprendido de todos ellos, *el anhelo á la felicidad*, es su más aciaga consecuencia. La felicidad á que apiran no es otra cosa en ellos, al igual que los cristianos, que el producto de su cansancio en el camino de la elevación constante, hacia y por la lucha continua, para *reposar* en la *vida contemplativa*; es algo así como el *Nirvana* de los budhistas, es la precipitada disgregación de la Voluntad, para cuya integridad nos dió Nietzsche la heroica fórmula, «*haceos dueros*.» (1)

Es muy diferente pues estudiar el pasado á imitarlo. Estudiándolo, veremos al revés de todo lo afirmado hasta hoy por nuestros pseudo sociólogos, que el principio de solidaridad tal como se efectúa en los animales es debido en su parte muy notable al inmenso atraso en que están con respecto á nosotros. Cuanto más inferior es la especie vegetal ó animal menos intensamente tiene lugar la lucha integral, entre sus individuos; y digo lucha integral, porque no debe considerarse solamente el Individuo en su fuerza muscular, por ejemplo, si que también en sus sentimientos é intelectualidad.

Lo que por un lado (físico), se ha perdido hasta hoy en lucha, se ha ganado de sobra por otra (intelectual). Las hordas salvajes luchando á brazo partido son los hombres civilizados de nuestros tiempos, en sus luchas, mezcla de intelectualismo y de astucia y aptitud corporal.

El concepto del «más fuerte» debe to-

(1) Así lo afirma buenamente la Redacción de NATURA en sus *Lecciones*, números 25, 27, 28, 29 y 30 de su Revista.

(1) Consúltense la mayoría de libros anarquistas y se verá, con la irrisoria concepción que á grandes rasgos se hace en ellos de la sociedad futura, la justificación de su *tonta* interpretación de la vida; hasta hay entre ella y el cielo de los cristianos cierta analogía.

marse pues en sentido integral, (fuerzas genésicas, perceptivas, musculares, intelectivas, etc.)

Pero nuestros anarquistas decadentes, y la mayoría de *intelectuales*, amparándose en las afirmaciones de un Spencer, de un Lubbock, de un Guyau, de un Renan, etc., y en la literatura decadente de un Jorge Sand, de una Séverine, de un Gorki y de un Tolstoi mismo, como ejemplos, parece quieran negar el valor altamente vital de un torax saliente y resistente ó de un brazo bien contorneado y fuerte. Llamán á ello «brutalidad», como si la poca brutalidad que por suerte aun nos queda fuese totalmente despreciable.

Después de todo y en último análisis, científicamente hablando, ¿qué resulta ser el Pensamiento sino una expresión de la vida, tan material y brutal como las mismas fuerzas musculares?

Nuestro cerebro, por medio de la palabra y del manuscrito, imprime por conducto del canal auricular y del nervio óptico respectivamente, nuestra voluntad en el cerebro de los demás; y un fuerte brazo barre del camino de la vida al débil que, como obstáculo, se interpone al paso de los robustos.

Y, al fin y al cabo, es más estimable lo segundo que lo primero, por la sencilla razón de que la *finalidad* es más digna que el *medio* usado para llegar á ésta. Un Ulfheim (1) es capaz de vivir sana é intensamente, de realizar la vida; un Loevborg (2) sólo es capaz de vivir *intelectualmente*, es decir, mezquinamente, y morir al momento de faltarle su anemia.

«La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo», ha dicho Nietzsche, y tiene en verdad razón. No ha sido nuestro amor al prójimo (Solidaridad), sino nuestra dura as-

censión (lucha), quien nos ha conducido poco á poco por el camino de una relativa grandeza. «En la escuela de la guerra de la vida lo que no me hace morir me hace más fuerte»; — sobrepujarse al ambiente ó ser vencido por él; he aquí la fórmula de la batalla.

En el período primitivo de la humanidad, ó «edad de los combates» se efectuó una tendencia general hacia el progreso. En tanto que la lucha ha sido continua han existido probabilidades de perfeccionamiento. (W. Bagehot.)

Todas las naciones aprendieron la verdad de las palabras y la fuerza de los pensamientos en la guerra; se alimentaron en la guerra y se extinguieron en la paz; en una palabra, nacieron en la guerra y murieron en la paz. — La guerra es el fundamento de todas las altas virtudes y facultades del hombre. (John Ruskin.)

Y no ciertamente es esa guerra de decadencia, fanática y contraproducente, de Estado á Estado, último vestigio de la impotencia humana la de que quiero hablar aquí, no, sino la noble y altiva del Individuo sobre el *resto*, única en la que ha de templar constantemente su férrea voluntad. Constante intransigencia frente y contra el *Gran Tortuoso* (1), esa es la expresión de una vida intensa y digna.

Guyau (2), el filósofo optimista que enderrocando todo ídolo moral, llegó á tan alta concepción de la vida, colocándose á la misma altura que Nietzsche con su voluntad de potencia, que descendió más errónea, más pesimista, no hizo al formular el principio «extensivo» de la vida, dando á ésta el significado de «altruismo». Su expansividad, *caridad* de potencia, no constituye otra cosa que el esencial *pesimismo* de la raza humana, al querer, en lugar de crear, sino imitar nuestra ancestralidad, *imitar la imitación* que á través de los años ha hecho

(1) Personaje del drama de Ibsen, *Cuando despertaremos de entre los muertos...*

(2) Personaje del drama de Ibsen, *Hedda Gabler*.

(1) *Pedro Gynt*, de Ibsen, acto II.

(2) Uno de los pocos filósofos respetables.

de ella el hombre en su decadencia. En lugar de considerar la expansividad del hombre como un esfuerzo prometeico para convertir en intensidad de vida el *exterior* inerte, como un «ensayo» hacia nuevas formas vitales, la consideró como una inmersión en las voluntades ajenas (1).

Considerando así el Individuo por su lado social, esto es, *dependiente*, cayó en el fatal y oscuro pesimismo de la raza: «Disgregación de los instintos, que es como termina el hombre cuando se hace altruista.» (Nietzsche.)

Qué es, en efecto, la expansividad del Individuo sino solo la salida de su periferia para retornar egoísticamente hacia sí mismo, un *movimiento amiboideo* de la voluntad para ensanchar más su esfera de acción, un exceso de energía acumulada que se gasta solo para afirmarse siempre y cada vez más á sí mismo...

Ved, por ejemplo, el acto más grande de los animales todos, la fecundación. En su objeto hay la más alta representación de la Individualidad; el Individuo, en su expansión sexual, tiene la mira egoísta de imprimir su yo, su manera de ser, en el nuevo individuo que al cabo de un determinado tiempo aparecerá al mundo, asumiendo sus condiciones de vida. Y ved, asimismo, en la Embriología, cómo nuestros ancestrales viven aún en nuestro organismo, imprimiendo al individuo en su evolución intra-uterina, todas sus pasadas formas más características.

En último análisis, ni el más pequeño movimiento de expansión del individuo se pierde *fuera de él*; sólo que por ley de compensación, por imposición al mismo de una fórmula de «vida social», puede poco á poco y sin darse cuenta sacrificar su vida positiva, individual, al desarrollo de esta *vida negativa*, el sentimiento de sociabilidad.

(1) No vió que estas «voluntades» eran «dependientes» es decir, que no existían como «principio».

Queriendo, pues, impotentemente mantener esta «vida negativa», nuestros anarquistas *viejos* han inventado el culto del Sacrificio, del Deber social, reasumiendo poco más ó menos su doctrina en el concepto siguiente que expone Guyau en su libro *Educación y Herencia*:

«Se nos ha objetado siempre — dice — que la fecundidad de nuestras diversas potencias internas podría satisfacerse en la lucha tan bien como en el acuerdo con los demás, en el aplastamiento de otras individualidades lo mismo que en su elevación. Pero, en primer lugar, se olvida que los demás no se dejan aplastar tan fácilmente; la voluntad que trata de imponerse encuentra necesariamente la resistencia de los otros. Hasta si triunfa de esta resistencia no puede triunfar sola, necesita apoyarse en aliados é imponerse con respeto á ese grupo amigo los mismos servicios de que ha querido libertarse con relación á los demás hombres, sus aliados naturales. Toda lucha conduce, pues, á limitar exteriormente la voluntad; en segundo lugar, la altera interiormente. La violencia ahoga toda la parte simpática é intelectual de su sér, es decir, lo que hay en él de más complejo y de más elevado desde el punto de vista de la evolución. Embruteciendo á los demás se embrutece poco más ó menos á sí mismo. La violencia, que parecía así una expresión victoriosa de la pujanza interna, acaba, pues, por ser una restricción; dar por fin á la voluntad el envilecimiento ajeno es darle un fin insuficiente y empobrecerse á sí mismo.»

El error fundamental de esta afirmación está en pretender despreciar totalmente la vida física ó de sensación y creer que el alma ó «parte simpática é intelectual» de nuestro sér es el *guía* que ha de conducirnos al camino de la *perfección* del cual nos hemos *extraviado* por azar. Es una falta de comprensión del sentido profundo de la Evolución humana, evolución tanto mayor cuanto

más grandes son las revoluciones individuales (1).

El hombre ni intelectual ni física ni integralmente considerado, no lleva *en sí* ningún fin moral; (2) no es, como dice muy bien Nietzsche, la consecuencia de una intención, de una voluntad, de un fin; no se hace con él ningún ensayo para conseguir un ideal de humanidad, de felicidad ó un ideal de moralidad. *Y nada existe fuera de él.*

La Fisiología nos enseña que todo acto reflejo principió en la «idea», en la «intelectualidad» (en el sentido mas amplio de estas palabras) y sólo de *decadentes* puede ser una moral que abomine de lo que más valor tiene en nosotros y que constituye la base de nuestra vida y quizá nuestra única vida verdadera: la *vida refleja*. Á buen seguro que Guyau no había leído á Dostoyuski.

La célebre frase del más grande, sino único, de nuestros dramaturgos contemporáneos, *el hombre solo es el más fuerte* constituye la más alta exaltación de la potencia integral del Individuo, en oposición á la vida raquílica que veinte siglos de cristianismo han incrustado en nuestro organismo. Ibsen quiere con ella, dignificar al hombre por la realización de la vida integral, individual, y *sólo por ella*. Es la primera chispa de las ideas que ha bien categóricamente controrneado más tarde en sus dos últimas producciones sin igual, *Hedda Gabler* y *Cuando despertaremos de entre los muertos...*; las dos constituyen la banarrota más seria que se haya escrito del *intelectualismo* estéril de nuestros tiempos...

(1) Si los anarquistas consideran justas las citadas frases de Guyau, ¿cómo se explica el que pregonan siempre el procedimiento revolucionario, violento?

(2) Aquí podría objetárseme que este *fin moral* Guyau lo ha pretendido buscar en la evolución misma del Individuo. En realidad lo que ha hecho Guyau es antepoer el *fin* al Individuo. Toda «moralidad» es una mas ó menos pronunciada inversión de términos, es decir, una *abdicación*.

En resumen: toda la moral de «Solidaridad» ó «Apoyo mutuo» en la forma estática que han dado á ella nuestros pensadores Stuart Mill, Herbert Spencer, Guyau, Fouillée, etc., tiene sus raíces en el más hondo y obscuro pesimismo. Por una *inversión* del sentido de la vida, idéntica en el fondo á la de los Hartmann, los Schopenhauer, los Heine, los Lord Byron, etc., se resucitan con el disfraz de la experimentación científica teorías esencialmente cristianas, para *domesticar* al hombre y hacer así *menos amarga* la existencia y hasta si cabe, avanzar hacia una relativa *felicidad* (?).

Pero, ¡qué felicidad más mezquina, fruto de nuestro cansancio, qué disolución de los instintos de elevación vital!

Así la *lucha por la vida*, (1) se convierte, amparándose en el concepto de Solidaridad, en una fórmula estática de conservación, de pura *duración*, de muerte, que priva por una parte el desarrollo individual y *disimula* por otra la tendencia, el amor al Nirvana de la especie humana. Es por este contraproducente empeño que los anarquistas *viejos* han inventado allá, en las brumas misteriosas de un mezquino porvenir, su paraíso, la *Ciudad Feliz* y demás tontearías (2).

No es que quiera negar en absoluto que el apoyo mutuo sea un hecho. Cuando se es impotente para avanzar derecho, en línea recta, es forzoso dar la vuelta so pena de perecer. Pero á que esta vuelta sea un ensayo, una ejercitación constante hacia la línea recta, una curva que va estrechándose poco á poco, á que

(1) Haciendo un estudio profundo de los demás factores de la evolución (Influencia y adaptación al ambiente, herencia etc.,) se ve claramente que todos convergen al unísono, ó mejor, nacen del de *lucha por la vida*.

(2) Siempre se han invertido los términos Placer y Dolor, considerando á éste como á un enemigo irreconciliable y á aquél como fin de nuestra existencia. El Placer, el verdadero Placer, está en la *lucha*, en las entrañas mismas del Dolor.

se convierta en camino definitivo, en fórmula estática de nuestra vida, hay una diferencia esencial, como la hay entre la vida y la muerte.

El apoyo mutuo es fatal, es la terapéutica á falta de la riqueza de glóbulos blancos, es algo así como una enfermedad de la que vamos librándonos poco á poco, es el çayado en el que se apoya el hombre para subir duramente por la cuesta de la vida, pero para abandonarlo en seguida. ¡Por algo somos niños aún! «Eran mis escalones; me serví de ellos para subir; fué preciso por lo tanto que pasase por ellos; pero se creyeron que iba á utilizarlos para sentarme...» (Nietzsche.)

En contraposición á este principio absoluto de Individualidad en el hombre, se han inmovilizado nuestras conciencias al peso de las imperativas fórmulas sociales de «Solidaridad», «Bondad», «Altruismo», «Amor universal» etc., etc.; como losa de plomo pesan fuertemente en todos nuestro actos torciendo el impulso natural de la Acción, y en lugar de obrar en nombre de nosotros mismos, obramos en nombre de tal ó cual *fórmula de vida*, representada por tal ó cual *ideal* de Justicia.

¡Siempre la *idea* aprisionando al *hombre*! ¡Cuándo seremos dueños de nosotros mismos? ¡Cuándo nuestra voluntad de potencia será la única que determinará nuestro derecho?

Se me dirá que en nombre del derecho del individuo sin ninguna *subordinación*, se han cometido y se cometen constantemente todas las llamadas *injusticias sociales*... ¿Y qué?

¿Creéis que una sana y heroica voluntad de potencia puede llegar á tales degradaciones, á tal decadencia, á tal pesimismo, á tal *altruismo* (y dejad que le llame así)? ¿Creéis que el «hombre solo» puede dar esta inmensa vuelta hacia el camino de la evolución?

Es pues *sola y únicamente* por esto que desprecio profundamente todo cuanto huele á democracia, á autoritarismo y á religiosidad; porque su *causa* es una disciplina, una domesticidad de decadentes, ó á lo menos, de impotentes frente á la Vida. ¡Sólo siendo aristócrata, grande, puede llegarse á la grandeza del vivir!

La evolución del hombre es por el camino de la Potencia y exaltar al Individuo como ha hecho Max Stirner es altamente vital y saludable, por cuanto conduce á la *realización* de la Vida verdadera.

Y ahora, ved, anarquistas *viejos*, con cuan poco conocimiento de causa despreciáis las ideas del gran filósofo alemán al que nunca habéis comprendido con vuestra sangre de enfermos y vuestra falta de Voluntad.

Lleváis en lo más recóndito de vuestro cerebro la esencia del cristianismo y de todas las decadencias, que disfrazáis, para que en los tiempos modernos pase por moneda buena, con la capa de una pretendida ciencia, que al esfumarse no resulta otra cosa que pura *imitación* de impotente de los tiempos viejos.

Nunca seréis vosotros mismos; es ya demasiado tarde. Cual modernos fantoches lleváis atado en vuestra médula el cordón de las fórmulas imperativas de «Solidaridad» y «Sacrificio» que pende del *teatro social* y al que obedecéis por no tener ni un sólo rasgo de propia voluntad.

Y cuando un Max Stirner, un Nietzsche ó un Ibsen os fustigan con el látigo de la voluntad creadora, corréis á refugiarnos en lo más recóndito de vuestro *teatro*, desde el que os *vengáis* cobardemente con vuestras *muecas* de decadentes.

Sobrada razón tenía Nietzsche al decir que el anarquista y el cristiano son fabricados con el mismo molde...

(Continuará.)

Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo

III

En el sentido propiamente biológico, selección natural significa la muerte del menos apto. Hay, sin duda, en el seno de la humanidad razas ó pueblos que han perecido por falta de ciertas cualidades necesarias al éxito; pero en la civilización hay muchos otros procedimientos por medio de los cuales los elementos útiles son preservados, transmitidos y extendidos. Tenemos, sobre todo, como vamos á ver, la invención y la imitación; hay la educación, de que ya hemos hablado; hay las costumbres y las instituciones; hay el lenguaje, los libros; hay la ciencia, el arte y la religión; hay toda la *herencia* social, que no es la *herencia* biológica.

En la vida progresiva de la humanidad, la invención y la imitación desempeñan un papel enorme y cada vez más preponderante. Ahora bien; ninguno de estos dos grandes fenómenos, á pesar de las divisiones accidentales que pueden engendrar, no son *en sí* un hecho de lucha y de agresión; al contrario, encierran ante todo la idea de acuerdo y de armonía. ¿Cómo se efectúa el invento? Por una nueva armonía de ideas con los objetos que suministra la naturaleza; acuerdo con la naturaleza y acuerdo con los hombres; he ahí los dos grandes medios de progreso. A este progreso han contribuido, en la humanidad, el lenguaje y la ciencia, que no tienen nada de agresivo ni de belicoso. Tarde nos ha mostrado muy bien que el perfeccionamiento de una lengua es debida, no á disputas, sino á acuerdos; hasta en un período ulterior, no son las discusiones

de los gramáticos las que han hecho avanzar las lenguas modernas. El progreso de la ciencia se debe, no á las disensiones de los sabios, sino á su inteligencia final. Considerad la industria, que es ciencia aplicada. Las grandes evoluciones ó revoluciones de la industria moderna, dice asimismo Tarde, están señaladas por ciertas invenciones capitales; como la del arado, que no surgió de la guerra, ni siquiera de la competencia de los agricultores primitivos; como la invención del molino de agua, del telar, de la máquina á vapor, que únicamente el genio de Papín y de Watt pueden explicarnos y no la avaricia de los dueños de fundiciones. Hasta el mismo progreso militar, ¿resulta verdaderamente de las batallas? No, sino de inventos principalmente industriales, artísticos y demás, que en nada la guerra produjo ó favoreció, «que, al contrario, á menudo hace abordar, y que únicamente ha sugerido aquí ó acullá, su aplicación al armamento y á la táctica». No son las batallas que hicieron descubrir la pólvora, menos aun la brújula, la navegación á vapor y la hélice. En el dominio del arte se ve aun más el predominio de la armonía, no el del conflicto, tanto más que el arte es, por sí mismo, como Guyau ha enseñado (mucho antes que Tolstoi) en su *Arte desde el punto de vista sociológico*, un medio de hacer «sentir á los hombres semejantemente», y producir de este modo el acuerdo final de las sensibilidades, del que resultará el acuerdo de las voluntades.

Por lo demás, toda competencia encierra, en nuestras sociedades, una parte de cooperación, pues, que al trabajar

para sí, resulta que cada uno trabaja, de hecho, para los demás. No hay que creer que causamos un daño á nuestros vecinos cuando por nuestra parte logramos introducir utilidades en el mundo social; si á nosotros nos benefician, á los demás también. Las actividades individuales que se ejercen con fines privados pueden muy bien ser consideradas como lucha virtual; pero también están al propio tiempo, en relación de cooperación no concertada. Por privados que sean los intereses no pueden satisfacerse sino en el medio *social*, por una producción de riquezas sociales, por servicios prestados á los demás, hasta cuando tienen un móvil interesado. Los economistas habíanlo ya comprendido así; su única equivocación, evidenciada por los socialistas, consistió en creer que en la sociedad humana la cooperación debería estar enteramente abandonada al «laissez-faire». Sea lo que fuere, la cooperación espontánea tiende siempre á cambiarse en cooperación reflexiva.

Tocante á la imitación, también tiene lugar por una armonía de los hombres entre sí, la que supone una simpatía, primero, orgánica, después más ó menos consciente. La imitación produce ó refuerza convenios mucho más que conflictos; además desempeña su parte en el mismo conflicto y cambia la lucha en medio de «socialización». Según la observación de Giddings, cuando dos hombres se baten cada uno de ellos copia instintivamente los golpes del adversario; si dos ejércitos guerreen cada uno repite las maniobras del otro. Hasta en el conflicto los individuos aprenden á reconocerse y á adquirir conciencia de sus similitudes, lo cual encierra una «conciencia de especie», y, por esto mismo, diremos nosotros, una unión bajo una misma idea común, de donde derivará necesariamente una simpatía común. Se establece, por lo tanto, entre los mismos que luchan, una imitación mutua que poco

á poco disminuye las diferencias á beneficio de las semejanzas, y puede preparar, para más tarde, acuerdos de sensibilidades ó simpatías, acuerdos de voluntades ó sinergías. La competencia es igualmente una imitación mutua con la intención de hacer algo mejor, y esta especie de sucedáneo de la lucha es también una forma de unión. El darwinismo social ha visto una parte de la verdad y desconoce la otra.

IV

La gran ley sobre la cual insisten los darwinistas es la de la adaptación. Pero, y hagámoslo observar enseguida, el esfuerzo de ajuste al medio no implica necesariamente y en todas partes *lucha* contra el medio; implica también *cooperación* con el medio. Por parte del individuo que quiere adaptarse el esfuerzo puede acarrear, sin duda, una cierta lucha contra sí, contra tales ó cuales tendencias, contra el placer del momento; pero también supone un establecimiento de armonía en el mismo sér, en sus tendencias, en los diferentes momentos de su existencia. Aquí también hay dos aspectos, uno negativo, positivo el otro; uno de oposición, el otro de composición ó de conciliación. El resultado final de toda esta serie de esfuerzos sobre sí y sobre el medio es la sobrevivencia de los mejor «adaptados», es decir, de los que están mejor *en acuerdo* con el medio natural ó artificial; resultado bienhechor que no cae bajo la idea de guerra, sino de la de paz.

El sér humano debe adaptarse, primero, al medio natural, después al medio social. En el animal, inferior al hombre, la adaptación al medio natural no se efectúa más que por el efecto de modificaciones fisiológicas; es una aleta ó un ala que se desarrolla; es la talla que aumenta ó disminuye, etc. Además, estas modificaciones no se extienden, por

lo general, más allá de su cuerpo. En el hombre, al lado de este mismo género de adaptación, hay otro, que es, sobre todo, psicológico. Además, la adaptación no es únicamente interior al organismo humano: imprime modificaciones artificiales á la naturaleza exterior; produce aparatos é *instrumentos* separados del cuerpo, acumulables indefinidamente, como acumulables son los mismos *productos* de la industria humana. El objeto final de estos nuevos órganos, especie de prolongación al exterior, és dar al hombre y á las sociedades más potencia y seguridad. En otros términos, hay adaptación intencional de la naturaleza al hombre por medio de *ideas-fuerzas*, incorporadas en instrumentos. Según la observación de Wallace, el hombre, al inventar con su inteligencia vestidos y utensilios, ha quitado á la naturaleza el poder de modificar su forma y su estructura, como hace con los animales. Los animales véense obligados á adaptarse orgánicamente al medio; el hombre, sin cambiar su propia constitución, se adapta el medio gracias á su inteligencia. Ahora bien, sin la sociabilidad la inteligencia del hombre no habría podido desarrollarse. Es, por lo tanto, gracias á sus instintos sociales y á sus instintos intelectuales, que son inseparables, que el hombre ha podido dominar la naturaleza exterior y hacer frente á la selección natural.

Otra relación esencialmente humana con la naturaleza exterior, consiste en la *producción* económica. El animal no es sino muy rara y muy excepcionalmente productor; la abeja fabrica sin duda miel, pero ¡que pocos animales se parecen á la abeja! Deben la mayor parte, para satisfacer su hambre, apoderarse de los productos que da hechos la naturaleza, y como estos productos están en cantidad limitada, resulta entre los animales competencia y lucha. Pero un sér capaz de inventar y de producir no podría

verse arrastrado por la misma ley de violencia bajo el impulso del hambre ó del instinto sexual; está dirigido por ideas-fuerzas cuyas producciones, como acabamos de ver, se convierten en objetos exteriores. Siendo el animal, sobre todo, *consumidor*, la parte que consume disminuye la posibilidad de consumo para los demás. Siendo el hombre, sobre todo, *productor*, es capaz de extender sin cesar su producción más allá de sus necesidades. Así vemos desarrollar cada día más un estado social en que cada uno puede consumir, sin que disminuya el consumo de los demás. Este es un ideal progresivamente realizable sobre el cual los socialistas insisten y con razón. Este ideal establece una diferencia esencial entre la *lucha por el consumo* de los animales y la *inteligencia para el consumo* de los hombres.

Colocad ahora especies vivientes, no ya en presencia de un medio orgánico, sino ante otras especies vivientes, y en competencia inconsciente ó consciente con éstas; veréis entonces que existen dos procedimientos de competencia, cuya distinción se olvida demasiado: 1.º la lucha entre las *aptitudes* rivales teniendo por resultado el triunfo de los individuos más aptos y de las especies más aptas (sea cual fuere la naturaleza de su género de adaptación); 2.º la lucha entre las *fecundidades* rivales teniendo por resultado, en igualdad de cosas, el triunfo de los individuos ó especies más fértiles. Ahora bien, la fecundidad no es ya simplemente la fuerza brutal, de valor por completo egoísta y concentrado sobre sí. Es una fuerza de expansión colectiva, que se refiere más al «amor» que al «hambre», á la generación más que á la nutrición, á la unión simpática más que á la guerra. Reconozco que produce una competencia más ó menos directa á causa de la limitación del medio y de las subsistencias de que he hablado; pero en sí y por sí la fecundidad no es lucha.

Hasta reduciéndolo todo al éxito en la competencia vital, la lección del darwinismo aparece ambigua; no nos dice si es más capital la fecundidad amorosa ó la fuerza egoísta. El darwinismo no rechazará, sin duda, ninguno de estos dos medios y considerará ambos como necesarios, pero entonces es evidente que tenemos psicológicamente dos móviles diferentes, amor y lucha, sin saber con certeza que regla moral y social aplicarles. Si, la atracción sexual conduce, sin duda, á rivalidades sangrientas á veces; pero por sí misma es un fenómeno de amor y de unión, no de odio y de guerra. En la selección sexual, los darwinistas lo reconocen, se produce al final una cierta elección de lo bello, sea bajo el aspecto de la forma, ó del color, elección que no es ya una simple *lucha* por la existencia. En fin, en el mundo orgánico, como en el inorgánico, vemos manifestarse una tendencia á la producción de la regularidad ó de la gracia en las formas, y una tendencia á ser conservadas las formas de este género. Esta tendencia se explica en gran parte, por lo menos en sus orígenes, por la selección del aventajado; pero á un período ulterior de la evolución lo bello obra por sí mismo, ó por lo menos por el placer que causa.

En suma, en la humanidad, los modos

de adaptación superior al medio natural engendran modos de adaptación, igualmente superior, al medio social. He aquí lo que olvidan los darwinistas cuando quieren asimilar enteramente el hombre á los animales. A la competencia destructora—que hasta en los animales no reina sola—la sociedad humana sustituye la competencia productiva, es decir, en suma, la emulación en crear cosas útiles ó bellas bajo una regla de derecho común. Y la palabra competencia no debe ilusionarnos. En un concurso, para obtener un diploma hay competidores ó émulos; no hay *lucha por la vida* sino cuando se considera los resultados y contragolpes más lejanos, puramente mecánicos y no queridos. El joven estudiante provisto de su diploma de médico hallará una posibilidad de vida y bienestar, mientras que el estudiante que ha fracasado corre el riesgo de quedar sin recursos. Pero un elemento así de competencia no constituye una verdadera guerra ni una discordia voluntaria; no podría ser eliminada y es para todos un bien, no un mal. Suprimid la sanción natural del fracaso para el perezoso ó incapaz, y la sociedad estaría llena de no-valores, por ejemplo, de médicos que matarían á sus enfermos en lugar de curarles. Entonces habríais trastornado las leyes «naturales» de la vida.

(Continuará.)

G. Eugenio Simon

Privilegios de los propietarios

Como en Europa lo más á menudo son los propietarios quienes hacen las leyes, sucede que la propiedad se ha exonerado ella misma de la mayor parte del impuesto. Tanto es así, que en un presupuesto de cuatro miles de millones, los

propietarios territoriales pagan tan sólo 120.000.000, cifra que en este momento aun tratan de disminuir. De todos modos, esta cifra de 120 millones no grava ella sola el terreno. Pesa sobre el otro impuesto; el impuesto sobre los cambios de

propietarios á título de venta, herencias, donaciones, etc., que se eleva á 343 millones, y teniendo por primer efecto limitar sensiblemente el número de los elegidos á la propiedad. Si á estas sumas se añaden 63,429,385 francos que pesan sobre las construcciones de toda clase, se tiene la cifra total del impuesto pagado por la propiedad. En fin, si se tiene en cuenta el impuesto personal que se eleva á 143.000.000 de francos, las patentes representadas por 179.463,621 francos; los derechos de timbre para legalizar ciertas transacciones, se tendrá la lista casi completa de lo que los europeos, y más particularmente los franceses, llaman impuestos directos y cuya suma anual forma un total de 794 millones.

El resto de los impuestos, es decir, 2,500.000.000 se saca de lo que se ha dado en llamar los impuestos indirectos. Bajo este nombre están comprendidos: los derechos sobre los géneros en el mismo lugar donde se producen, los derechos de aduana sobre los productos extranjeros, los derechos de monopolio y de administración ejercidos, sea por el Estado en persona ó sea por individuos privilegiados, y cuyo conjunto sube á 2,482.377.700 francos.

Esta suma enorme, así como una parte de lo que se llama: impuestos ó contribuciones directas — las patentes, por ejemplo — se extrae, por lo tanto, de los consumidores. Ahora bien, como estos consumidores no son en su mayor parte propietarios, resulta de ahí que la mayor parte del impuesto la pagan los que no poseen más que sus brazos, con gran contento de los que poseen tierras y dinero, y todo el arte del Estado ha consistido en repartir el impuesto pagadero sobre el mayor número de objetos posible, de modo que el contribuyente no pueda entrever de un solo vistazo lo que paga: es lo que los economistas llaman el arte de plumar la gallina sin hacerla chillar. Conozco en una provincia francesa, un bosque de varios millares de hectáreas cuyo bosque no baja de 12 á 14 millones y por el que el propietario paga todo lo más 400 francos de impuesto, mientras que los habitantes de las cercanías pagan 40,000 francos por la conservación de los caminos que han contribuido á dar valor á dicho bosque y del que ellos no se aprovechan, pues en su mayor parte son obreros ó campesinos que solamente poseen pequeñísimos jirones de terreno.

De *La Cité française*, pág. 217.

Recibido:

El Banquete de la Vida, por Anselmo Lorenzo, editado por la «Ilustración Obrera», de Barcelona, 1'50 ptas. — Lámina representativa del monumento á los mártires de Chicago (24 x 32), á 0'25 pta., pedidos á «Tierra Libre», Mantería, 49 al 53, Valladolid; su importe destínase á los presos por cuestiones sociales. — De la Biblioteca de la Escuela Moderna, de Barcelona: *Elementos de Aritmética*, por Condorcet; *Botiquín Escolar*, por A. Martínez Vargas. — Del «Archivo Social», de Reus, J. Vives, Llovera, 46: *El Estado*, por P. Kropotkin, trad. de J. Prat, 25 céntos.

Simiente Roja, de Lima (Perú), Apartado n.º 142; *Revista Médico Social*, de La Coruña, Castelar, 18 y 20.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA